

desapareciera, dejando mi obra entregada a un destino problemático.—J O S E P H H E R G E S H E I M E R.

(Traducción especial para ATENEA).

Joseph Hergesheimer forma, con James Branch Cabell y unos dos o tres novelistas más, el grupo de la «écriture artiste» norteamericana. Ha explorado con gran brillo en la vida colonial de Estados Unidos y hecho una pintoresca excursión literaria a Cuba («The Bright Shawl»). Su novela «The Three Black Pennys» es una obra cíclica de considerable mérito y vigor, en que se cuenta con penetración psicológica y mucho ambiente la carrera de tres generaciones de fundidores en Pennsylvania. El trozo de memorias que ahora traducimos del «American Mercury», fruto de una experiencia necesariamente personal, ha de interesar por su sinceridad, particularmente a nuestros escritores, al mostrarles el envés de la rica y accidentada vida intelectual de Estados Unidos.—*N. de la R.*

LOS CAMINOS DE MAGNOLIA

DECIA de uno los directores de la propaganda británica en los Estados Unidos que la propaganda es una arma tan necesaria durante la guerra, como los gases asfixiantes, y que durante la paz es uno de los corolarios de la democracia. Mientras más democracia haya, tiene que haber más propaganda. Su intensidad y su masa aumentan con la aptitud en que esté un país para gobernarse a sí mismo. La suma de mentiras envueltas en verdades o descaradamente contrarias a la realidad, crece a medida que se desarrollan las posibilidades para el ejercicio de las funciones soberanas del pueblo. Este menor de edad, adueñado de sus propios destinos, se entrega a los que quieren pervertirle, y es víctima no sólo de lo que ve, de lo que oye y de lo que lee, sino de lo que se le hace ver, de lo que se le hace oír y de lo que se le hace leer. El cinematógrafo y el radio centuplican la masa de la materia tóxica.

Los más singular del hecho es que muchas veces los mismos agentes encargados de diseminar el veneno, ignoran que están al servicio de una propaganda. Se organiza una sociedad filantrópica, por ejemplo, y los que la forman están absolutamente

ajenos a los fines que busca el promotor oculto entre las sombras. Un día, cuando menos se espera, esa corriente de sentimientos generosos, mueve la turbina de un odio, de un lucro o de una conjura antisocial.

También sucede que el voluntario de una causa, creyendo servirla en sus fines declarados, es el instrumento involuntario de los que la desvirtúan.

La propaganda empieza por engañar a los que la sirven y hace estragos públicos de incalculable daño.

El propagandista profesional, como el estafador, emplea viejos recursos con resultados eficaces. Se diría que después de tantos millares de casos en que un incauto entrega dinero constante y sonante, o billetes de banco, a cambio de un paquete de papeles, en los que cree guarda una fortuna, sería imposible la reproducción del engaño. Pero cada día hay un nuevo imbécil, víctima de su propia codicia y de su propia mala fe. El delincuente casi no hace esfuerzos para persuadir.

Esta es la propaganda. Cae sobre el terreno abonado del prejuicio y de la pasión. El público, incapaz de discernimiento, acepta cuanto se le da.

Y lo que se da es el repertorio eterno. Los niños belgas, con las manos cortadas a cercén por la barbarie teutónica, eran en 1914 la última edición de los niños congolesees cuyas manos habían sido cortadas a cercén, ocho años antes, por los papás de los niños belgas. En 1906, se hacía propaganda contra el colonialismo de Leopoldo II, y en 1914 los documentos fotográficos de esa campaña sirvieron de modelo para la demostración de la crueldad alemana en el país de Alberto I.

A veces hay novedades. Acaso se presenten cada vez con más frecuencia. Así lo requería el avance industrial. El alemán de 1914 tenía una actividad mucho más compleja que la del colonizador belga de 1906. A mayores medios, mayor perversidad. Y la propaganda antigermánica ideó en consecuencia una de las acusaciones más extraordinarias por el volumen de la credulidad que supone en quien la acepte.

Era tan descomunal el cargo, que se hizo para los chinos, y sorprendió a sus autores que la recogieron como evangelio todos los occidentales. Todos ellos, efectivamente, desde California hasta Suiza, se dejaron engañar como chinos.

El brigadier J. V. Charteris fué quien perfeccionó el producto, y lo lanzó al mercado. El mismo se ha encargado de revelar los secretos de fábrica. Yo los conozco por el autor de un libro que describe cómo se difunden los gérmenes del odio. Esta obra del

propagandista Georges Sylvester Viereck (Spreading Germs of Hate), aparecerá pronto traducida al español.

En 1926, el general Charteris no pudo contener su vanidad de artista, y dió a conocer las manipulaciones, muy sencillas por cierto, de las más monstruosa de cuantas calumnias ha inventado la propaganda.

Debe aclararse un hecho. Estas novelas no nacen del odio. Son productos industriales, como los gases asfixiantes o lacrimógenos.

«El general Charteris—dice Viereck—no creía que ese cuento pudiese tener aceptación fuera de China. Pero no contaba con la atmósfera de antigermanismo creada por la propaganda.»

Arthur Ponsonby traza la historia del mito. Y por sus noticias vemos cómo se preparó el terreno para que Charteris fabricase su historia china.

El *Times* de Londres publicó en el número del 1o de Abril de 1917 una noticia como tantas otras que acogía la prensa de aquel tiempo. Al salir de Alemania, uno de los cónsules de los Estados Unidos había dicho que se fabricaba glicerina destilando los cadáveres de los combatientes.

Carl Rosner, corresponsal del Kaiser, corroboraba el hecho. No cabía la menor duda.

El periódico londinense traducía el pasaje en que Rosner hablaba del asunto:

«Pasamos por Everingcourt. El aire está saturado de un olor cargante, que parece desprenderse de un horno de cal. Estamos cerca del Gran Establecimiento de Explotación de Cadáveres de este grupo de ejército. Toda la grasa se convierte en aceites lubricantes, y lo demás se muele para obtener el polvo que se mezclará al alimento de los cerdos y que dará abono a las tierras. Nada se pierde.»

El *Times* dice que ésta es la primera confesión explícita de la utilización de los cadáveres por los alemanes.

Llueven remitidos. Los amantes de la causa sugieren la conveniencia de que el hecho se dé a conocer en el Oriente asiático, para edificación de budistas y mahometanos.

A la vez, siguen las revelaciones. Un prisionero alemán refiere a un sargento inglés que los cadáveres entran en el hervidero de la paila para la fabricación de municiones y para que tengan alimento las gallinas.

Un boletín médico (*The Lanceta*) discute el aspecto científico de la cuestión.

El ministro de China expresa su horror. Un príncipe indiano protesta. Llega de Pekín la noticia de que von Hintze había

explicado la fuerza de Alemania por su aptitud para obtener sustancias de que la privaba el bloqueo. Y citaba el caso de la glicerina.

Por último, intervino la fotografía, acompañada de la imaginación. En un grabado aparecían montones de cadáveres, que iban a ser transportados de la línea de fuego al cementerio o a la fosa improvisada. En otro grabado se representaba la fila de vehículos que conducían caballos muertos a la fábrica de aceites y jabones.

«La inspiración de sustituir el pie de los dos grabados, fué un chispazo que iluminó súbitamente el espíritu del general Charteris».

Todo se fundaba en una traducción infiel.

El *Times* de Londres, al dar la narración auténtica de Rosner, había puesto *Corpse Exploitation Establishment* como equivalente de la palabra compuesta *Kadaververwertungsanstalt*.

Pero *Kadaver* no puede traducirse por *corpse*, pues sólo se aplica a los animales muertos (*a word used solely in connection with animals*).

El *Punch* de Londres publicó una caricatura macabra. En ella aparece el Kaiser mostrando desde una ventana el *Kadaververwertungsanstalt*, y diciendo al recluta de 1917 que si vive, es carne de cañón, muerto será materia industrial (*Cannon Fodder and After*). El caricaturista explica al pie de su dibujo que los cadáveres son tratados químicamente para fabricar aceites y alimentar cerdos.

La propaganda alemana no estaba ociosa. Hizo prodigiosas tentativas de engaño. Gastó sumas considerables. Pero, como todo lo alemán, fué cuadrada, esquinada, pesada, centralizada, burocratizada, y por lo tanto, imbécil en sus cuatro quintas partes. Mientras Inglaterra lanzaba sobre el mundo anglosajón, que tanto le interesó, las legiones mandadas por Wells y administradas por Lord Northcliffe, mientras contaba con el universalismo francés, con el sol de Italia, con el nimbo tolstoyano de Rusia y con los infortunios de Bélgica, Alemania daba al mundo las tres monstruosas y gigantescas estupideces que fueron su crucifixión: la frase de Bethmann-Hollweg, el hundimiento del Lusitania y la nota de Zimmermann. Con esta última bastaba para destruir no uno sino veinte imperios.

Por tres conductos llegó la nota al Departamento de Estado. Allí se supo también que los agentes alemanes hacían en los Estados Unidos una agitación antimejicana y antijaponesa.

Esto aceleró el rompimiento.

Los alemanes fueron niños de cuna junto a los ingleses en materia de intrigas.

El astuto Lord Northcliffe decía: «Por todos los caminos se llega a Magnolia». Magnolia era la residencia veraniega del coronel House. Magnolia y el Departamento de Estado tenían comunicación telefónica por alambre especial. Y Sir William Wiseman, el jefe oculto de la propaganda británica, era la única persona que podía ver a Wilson y a House cuando quería. Conferenciaba dos horas un día con Wilson, y pasaba todo el siguiente con House en Magnolia.

Lord Northcliffe telegrafaba a Winston Churchill:

«Toda la máquina gubernamental está en manos de estos dos hombres. El poder de Wilson es absoluto; House colabora sabiamente. Ambos son anglófilos.»

Y Wilson, con cuerda inglesa, sin saberlo, sin sospecharlo, fué un agente de propaganda que dejó atrás a Wells.

Tan eficaz, que ganada la guerra, comprometió a los vencedores con el evangelio que le habían escrito Hale y House.

Después fué necesaria una propaganda contra la propaganda. Inglaterra tuvo ese trabajo adicional. Y lo desempeñó con maestría.—CARLOS PEREYRA.

Madrid, 1932. Especial para ATENEA. (Reproducción Reservada).